
EL ABAD PABLO, JUAN ANACORETA, DESPUES
CENOBITA ¹.

En más de un lugar hemos hablado de algunos solitarios llamados Pablo. Hemos encontrado uno en la *Colección de Sentencia de la Padres* que cogía las serpientes y otros animales venenosos y los despedazaba sin que le picasen, lo que se atribuye á su fe y á la inocencia de sus costumbres. Ni vemos que sea aquel de quien vamos á hablar, y que en el vecindario de Diolque gobernaba un monasterio de más de doscientos religiosos. También es diferente de otro Pablo, solitario de Panephysa, de quien el abad Sereno contaba una historia que pondremos en el capítulo siguiente hablando del solitario Arquebe.

Nada en particular dice Casiano de los virtudes del abad Pablo; pero si estas se deben juzgar por las de sus religiosos, debía ser un superior de mérito distinguido; pues el mismo historiador asegura que en ese monasterio vió florecer grandes y distinguidos hombres. En prueba de eso relata un ejemplo de paciencia de un jóven religioso en cierta ocasión en la cual una humildad que no estuviera bien fundada se desmintiera al momento. « Con satisfacción, dice Casiano, fuimos al monasterio del abad Pablo, á donde, aunque hubiese de ordinario más de doscientos religiosos, la grandeza de una solemnidad que allí se celebraba había atraído una infinidad de religiosos de otros monasterios. Consistía la ceremonia en el aniversario del último abad de ese monasterio; y hago especial mención

¹ Casiano-Cotellier.

de esa multitud que allí se encontraba para hacer resaltar más la heroica paciencia de ese hermano, que apareció por la dulzura y paz admirable que mostró en presencia de tantos religiosos.

« A la hora de comer habiéndose esos religiosos dividido en diferentes grupos, y colocado de doce en doce en varias mesas, sucedió que el hermano en cuestión llegó un poco despues de la hora de costumbre á traer le comida. El abad Pablo quien con mucha actividad dirigía los hermanos que servían, por ese atraso le dió tal bofetón, que hasta los que estaban más lejos oyeron el golpe. El único fin de este santo abad, añade Casiano, fué hacer ver á todos esos religiosos la paciencia de este joven hermano, y edificarlos con el ejemplo de tan rara modestia.

« Lo acaecido mostró la sagacidad de este santo viejo en semejante ocasión. Este buen religioso, cuya paciencia no podemos elogiar como se merece, recibió esta afrenta con tanta dulzura, que lejos de quejarse ó de zurrar en lo más mínimo, su rostro no se immutó, ni perdió nada de su modestia y serenidad ordinaria.

« De tan extremada paciencia, añade Casiano, quedamos en gran manera sorprendidos no solo nosotros que recién llegados del monasterio de la Siria no estábamos acostumbrados á ver esos actos de paciencia en semejantes ocasiones, si que también aquellos á quienes tales acciones no les eran nuevas; y confesaron que habían sido maravillosamente edificados por este joven, y que su paciencia les había servido de grande instrucción; y se admiraron que, si la reprimenda del superior no había podido perturbar la paz de su corazón, á los menos la presencia de tanta gente no hubiese hecho salir el rubor en su rostro. »

Por este hecho se puede conocer el cuidado que ponía el abad Pablo en ejercitar á sus religiosos en la práctica de la humildad y en la renuncia á sí mismos. Así es que Ca-

siano habla de ellos como de una reunión de santos ; pero hace resultar de un modo especial la profunda humildad de uno de ellos llamado Juan, quien se había retirado á ese monasterio sólo para vivir con mayor abnegación y completa sujeción. Los treinta años primeros de su retiro los había pasado en un monasterio ; salió de él con el correspondiente permiso de su abad, según la costumbre entre ellos, para ir á vivir solo en el desierto en donde permaneció veinte años y en este tiempo experimentó tantas dulzuras, que con mucho gusto hubiera continuado allí, si algunas razones, que expondremos, no lo hubiesen determinado á volver al monasterio.

Mientras vivía solo en el desierto Dios le dispensaba gracias extraordinarias. Algunas veces le favorecía de tal suerte, que estando en éxtasis y todo trasportado en Dios, ni siquiera se acordaba si tenía cuerpo, por la noche no sabía si durante el día había comido, y por la mañana siguiente si había comido el día antes : tan estaba de ordinario absorto en las cosas de Dios. En fin, su alma gozaba tanto en Dios, que la apesadumbraba el sujetarse á los sentidos exteriores, y se separaba de tal modo de todo lo terreno, que cualquiera hubiera dicho que ni sus ojos veían ni sus oídos oían. Tal era este santo anacoreta ; y confesó á Casiano y á Jermán que si nunca había habido en el mundo nadie que hubiese gozado el secreto de la soledad, ó que hubiese podido olvidar el comercio con los hombres, y decir con Jeremias : *Tú lo sabes, Señor, que yo no he deseado el día del hombre* (Jerem. 17), él podía decir que Dios le había hecho la gracia, ó de ponerle en esta disposición, ó al menos de intentar llegar á ella.

Pero dándole despues razón de los motivos de su vuelta al monasterio, daba muchas razones que demuestran que si la completa soledad del desierto tiene algunas ventajas sobre la vida cenobítica, esta las tiene también sobre la

eremítica, que son dignas de consideración. « No creais, hijos míos, les dijo, que rechazo ó menosprecio la vida de los anacoretas, que á vosotros os sorprende haberme visto dejar. No tengo más que veneración para este estado, al cual honro y respeto con toda mi alma ; pero despues de haber probado su pureza el tenerla que macular un tantico con el cuidado que exigian algunas necesidades de la vida, creí que me valdría más volver al monasterio á fin de cumplir con más comodidad una profesión que es tan alta, y aminorar las dificultades que encontraba en un estado tan sublime, y así ponerme en un estado para mí más seguro ; pues es mejor vivir con fervor en un estado menos perfecto que con tibieza en un estado más elevado.

« Cuando el pequeño número de los anacoretas, añade, nos dejaba en mayor libertad y nos atraía de algún modo ofreciéndonos toda la superficie del estenso desierto : cuando un profundo retiro nos hacía más susceptibles de esas inefables comunicaciones con Dios, sin estar distraídos, como despues, por las frecuentes visitas de nuestros hermanos, que nos ponían en apuros para no faltar á la hospitalidad ; confieso que amaba la paz del desierto y abrazaba con deseo y amor infatigables una vida que yo comparo á la de los ángeles. Pero al poblarse el desierto y restringirse la soledad antes tan vasta, y ver que este cambio no solo resfriaba en nosotros el amor á la contemplacion, si que también el cuidado de lo terreno agujoneaba nuestro espíritu, he preferido la vida cenobítica en la cual me veis, y cumplir todos los deberes que esta me impone del mejor modo posible, que seguir con una profesión tan santa y tan elevada y llevar una vida lánguida é inquieta por el cuidado de las necesidades temporales, con el fin de que si ya no tengo esa grande libertad que me daba en otro tiempo la soledad, me contento al menos cumpliendo el consejo del Evangelio

no teniendo que pensar en mañana, y que la pérdida de tan sublime contemplación venga recompensada en este lugar con el mérito y la humildad de la obediencia. Así puedo yo imitar á Jesucristo, de quien está escrito : *Que se humilló á si mismo, y se hizo obediente hasta la muerte* (Philip. 2), pudiendo decir como él, con profunda humildad : *No vine á hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió* (Joan. 6).

Eso que este santo viejo decia á Casiano y Germán les hizo comprender que estaba muy versado en estas profesiones, y que era perfecto en una y otra. De ahí que le preguntaron cual era el fin del cenobita y del anacoreta : este es el objeto de la décima nona conferencia que Casiano ha escrito bajo su nombre. Respondióles el Anciano que el fin de un religioso en la vida cenobítica era la humildad y la obediencia, y el de un anacoreta entregarse enteramente á Dios por una continua meditación. « El fin de un cenobita, les dijo, es mortificar y crucificar su propia voluntad, y, segun el consejo del Evangelio, jamás pensar en el día siguiente ; » por cuanto el cenobita en lo temporal se entrega totalmente á la solicitud y caridad de su superior. « En cuanto á la perfección del anacoreta, ha de tener el corazón desapegado á todas las cosas de la tierra, y ha de estar unido á Jesucristo tanto cuanto permita la debilidad del hombre. »

Al mismo tiempo que advertía ser muy difícil que una misma persona fuese consumada en estas dos perfecciones, decía que de ello había algunos ejemplos : que él los había visto en el abad Moisés, en el santo viejo Paphnucio y en los dos Macarios ; y que esos dos santos eran tan perfectos en estas dos profesiones, que amando el secreto de la soledad con más ardor que los otros anacoretas, sufrían, no obstante, con perfecta paz de espíritu los flaquezas de aquella muchedumbre de personas que les visitaban ; tanto,

que no era fácil discernir donde resplandecía más la grandeza de su caridad, si en la contemplación del desierto ó en los ejercicios de la vida común.

Tambien advertía ese santo anciano que se arriesgaban mucho retirándose al desierto aquellos que antes no habian combatido sus vicios con la sujeción y obediencia del monasterio.

En seguida da á los anacoretas los medios de curarse de sus males en la soledad, y que pueden ser muy útiles á las personas que quieran corregir sus defectos : « Dios, dice, jamás deja de cuidar de un alma, cuando ella busca sinceramente el remedio de sus males, y no abandonando su salud ni por desesperación ni por negligencia, le descubre sus dolencias secretas, se sujeta de corazón á la penitencia, y presentándosele con sus languideces y faltas que haya cometido ó por ignorancia ó por error, ó por una fatalnecesidad, lo espera todo de ese médico celestial, en el cual su humildad tiene recurso.

« En esta disposición, añade, debemos procurar descubrir en nosotros los vicios que más ó menos nos afectan ; y cuando por sus efectos conozcamos que aun no los hemos extirpado, nos hemos de ejercitar en la virtud contraria. Así, cuando uno reconoce, por ejemplo, que está inclinado á la cólera ó la impaciencia, se ha de representar á menudo las injurias, las pérdidas, las violencias que le pueden venir de parte de los hombres, como si efectivamente ya le hubiesen venido. Y acostumbrando poquito á poco su espíritu á esos objetos tan molestos y penosos, meditará con que dulzura, con que paciencia y con que humildad debe resolverse á sufrirlo todo. Despues pondrá su vista sobre las afrentas y tormentos que padecieron los santos y el mismo Jesucristo, y confesando que todo lo que estos han padecido nada es en comparación de lo que él merece, en vista

de eso preparará su corazón para todos los dolores y desgracias que le pueden sobrevenir.

« Cuando, despues de este ejercicio, en alguna ocasión advierta que en su corazón se ha levantado alguna pequeña emoción por una ligera ofensa, que venga entonces por sí mismo en censor severo é inexorable. Que recuerde las injurias con las cuales él se estudiaba y se exhortaba á la paciencia, y en el recuerdo de esas cosas, que se reproche así : ¿ Soy yo, cobarde y perezoso, soy yo el que en los ejercicios de mi soledad me prometia sufrir con tanto valor todos los males del mundo ? ¿ Donde está, pues, esa paciencia invencible que no ha podido sufrir que se la ofendiese en lo más mínimo ? ¿ Cómo, pues, mi alma que parecia tan dispuesta y resuelta á combatir con todo valor, ha rendido sus armas á la menor sombra del enemigo ? »

« Que junte también á esa secreta reprimenda el castigo del cuerpo, y que se vengue de la carne por el desarreglo del espíritu : que la dome con mayores ayunos, con mayores vigiliias, y con una continencia más exacta ; que castigue así la ligera volubilidad de su alma, y que consuma con estos ejercicios en el retiro del desierto lo que debiera totalmente purificar cuando todavía estaba en su monasterio. En fin, lo más importante es que esté bien persuadido que asi como la ley de Dios no solo prohíbe la venganza de las injurias si que también la memoria de ellas, así tampoco le es lícito encolerizarse por alguna ofensa ó algún daño que se le haya ocasionado. »

El abad Juan advierte, por fin, y muy á propósito, que, aunque dijo que para corregirse de un vivio, uno se debe representar como si estuviera en la ocasión, y que debe entonces ejercitarse en la virtud contraria, advierte, digo yo, que no se ha de seguir el mismo método respecto al vicio opuesto á la pureza ; puesto que correria en gran peligro al representar en su espíritu estas ocasiones, bajo el pre-

texto de combatir las, siendo el medio más seguro rechazar enseguida las primeras imágenes que se presenten y renunciar de todo corazón.

No sobríamos proponer un método más excelente para la corrección de nuestros defectos que el de ese santo solitario. Este método se reduce á cuatro puntos. El primero consiste en recurrir á Dios con la sinceridad de nuestro corazón, y en la firme confianza en su bondad infinita, quien viendo el deseo que tenemos de corregirnos, nos ayudará eficazmente con su gracia. El segundo, en reconocer nuestros defectos sin querer disfrazarlos y sin caer en el abatimiento. El tercero, en ejercitarnos en la práctica de la virtud contraria, representándonos en nuestras meditaciones las ocasiones en las cuales podríamos encontrarnos, y animándonos á resistir á nuestras pasiones y ejercitándonos en las virtudes que combaten esos vicios. El cuarto, en vigilar sobre nosotros en la práctica ; y, si tenemos la desgracia de caer siguiendo nuestras pasiones en algún encuentro, entrar en cuenta con nosotros, y reprocharnos nuestra debilidad é inconstancia, despues de las buenas resoluciones que habíamos formado, y castigarnos con alguna penitencia corporal, según consejo de un sabio director. Procediendo así, pronto progresaríamos en la corrección de nuestros defectos y en la adquisición de las virtudes contrarias.

DE ALGUNOS SOLITARIOS LLAMADOS JUAN¹.

Se pueden considerar todos los religiosos que viven bajo dependencia de un superior en un monasterio como discípulos

¹ Vitæ Patrum, Rufino, Paladio, Casiano, Cotelier.